

PAISAJE Y ECONOMÍA VITÍCOLA EN REQUENA 1850-2010

Juan Piqueras Haba
Universitat de Valencia
Juan.Piqueras@uv.es

INTRODUCCIÓN

Gracias al interés mundial por la conservación del patrimonio y por los paisajes singulares, la geografía histórica y cultural vuelve a cobrar interés en los ámbitos universitarios tras cuatro décadas de arrinconamiento por parte de la especialización en geografía física y humana, el análisis espacial y los modelos cuantitativos. Los geógrafos, al igual que otros naturalistas, caemos en la cuenta de que el estudio del paisaje en tanto que objeto perceptible, tangible, donde espacio y tiempo se complementan en unidades espaciales únicas con caracteres de identidad, no es sino un enfoque propio de la geografía regional, por más que ahora le apliquemos nuevas tecnologías de análisis como la fotografía aérea y los sistemas de información geográfica (ANTROP, 2009: 33). También los historiadores, tras años de especialización en historia económica y social, parecen haber descubierto el “marco geográfico” a escala local como el mejor para el estudio de las influencias mutuas entre hombre y naturaleza, pues sólo un espacio reducido permite analizar los intercambios materiales y los recursos ambientales desde las prácticas condicionadas por las relaciones sociales y por los conocimientos específicos de cada comunidad sobre la naturaleza (SABIO, IRIARTE, 2003:13).

Si atendemos a las definiciones “oficiales” aprobadas y potenciadas por la Unesco, el paisaje cultural es el resultado de la combinación del hombre y de la naturaleza, que incluye una gran diversidad de manifestaciones de interacción. A partir de aquí se establecen tres categorías básicas: a) paisajes claramente definidos, diseñados y creados intencionalmente por el hombre, como son los jardines y parques; b) paisajes evolutivos resultantes de condiciones sociales, económicas, administrativas y religiosas, que se han desarrollado conjuntamente y en respuesta a su medio ambiente natural, y c) paisajes asociados a aspectos religiosos, artísticos o culturales relacionados con elementos del medio ambiente (RÖSSLER, 2004).

El paisaje vitícola de Requena entra en la categoría de los paisajes evolutivos o dinámicos, resultado de factores sociales económicos y administrativos, y en respuesta a un medio ambiente que lo condiciona poderosamente. La unidad comarcal, con 2.100 km² de extensión, posee una singularidad geográfica apreciable en las imágenes de satélite y contiene una

de las mayores y más compactas masas vitícolas de Europa apenas interrumpida por algunos campos de almendros y olivos, y salpicada de bosques de pinos y carrascas que en su periferia alcanzan el tamaño de una gigantesca corona de casi cien kilómetros de circunferencia y una anchura que oscila entre los 10 y los 20 kilómetros (figura 1). Esta corona la separa de otras comarcas circundantes e individualiza la unidad agrícola dominada por un paisaje concreto: 45.000 hectáreas de viñedo, 6.000 viticultores y 120 bodegas, según el registro del Consejo Regulador de la D.O.Utiel-Requena. La variedad dominante es la tinta *Bobal* (77%), una cepa autóctona y exclusiva de esta comarca, que se cultiva de forma ininterrumpida desde la Edad Media y que está muy adaptada a las condiciones de frío y aridez que aquí imperan. Pero este paisaje vitivinícola es relativamente joven, ya que sólo empezó a ser dominante, a expensas del monte, las dehesas y el cultivo de cereales, en la segunda mitad del siglo XIX. Lo que hoy vemos es la consecuencia de una serie de adaptaciones y estrategias de los agricultores ante las distintas etapas históricas de la coyuntura social y económica local e internacional.

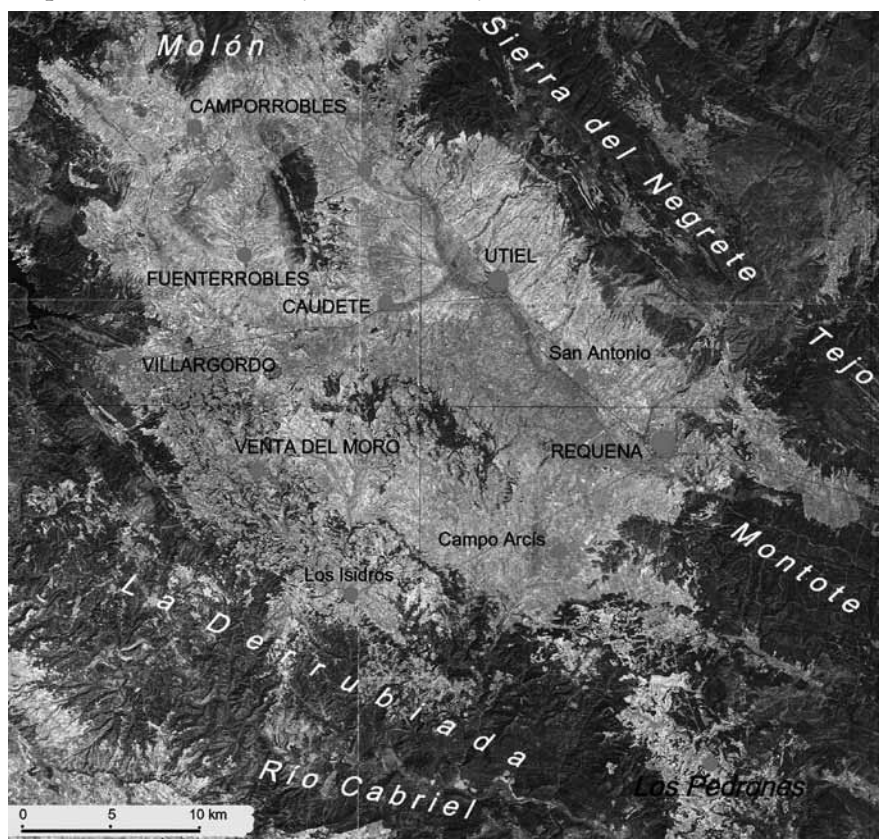


Figura 1.- Ortofoto de la Meseta de Requena. La zona central, más clara, corresponde a la zona cultivada por viñedos en un 80 %. Las masas oscuras son los bosques que la rodean por todas partes.

El marco natural o medio ambiente comarcal: una meseta rodeada de montañas

Desde el punto de vista geográfico se trata de una meseta con una altitud media de 750 msnm, de forma redondeada y delimitada al sur y oeste por el gigantesco arco que describe el río Cabriel y al norte y este por las sierras ibéricas del Molón (1.100 m), Negrete (1.310 m.), Tejo (1.250), Montote (1.000) y Martés (1.100 m.). La parte central, coincidente con las tierras cultivadas, la componen suelos de origen terciario en las lomas y cejas, donde los rendimientos agrícolas son inferiores pero mejora la calidad del vino, mientras que las vaguadas y llanos están cubiertos por suelos cuaternarios más fértiles y productivos, en los que hay que vigilar que la cantidad de uva no haga desmerecer la calidad.

Las sierras que la cierran por el norte y este son de naturaleza jurásica en sus crestas y cretácica en las laderas, con suelos muy pedregosos que apenas dejan algunos pequeños valles y hoyas cultivables, estando todo lo demás cubierto de pinos, carrascas y matorral. El valle del Cabriel, resultado de un espectacular proceso de erosión y en el que el nivel del río está siempre a unos 300-400 metros por debajo del de la meseta, deja a la vista materiales sueltos y pedregosos de las capas inferiores, como si de ruinas se tratase, de donde le viene el topónimo de Derrubiada. Salvo pequeños rellanos y alguna que otra rinconada en la ribera del Cabriel, el resto tampoco es terreno apto para la agricultura y lo ocupan pinares, carrascas, monte bajo y algún que otro rebollo de hoja caduca.

El clima, de acuerdo con los observatorios de Utiel (810 m.) y de Requena (715 m.) es de tipo mediterráneo pero con acusados rasgos de continentalidad, ya que está a más de 60 kilómetros del mar. Las medias térmicas oscilan entre los 4 y 5°C del mes más frío y los 23-24 del más cálido, con temperaturas extremas que van desde 40°C a -20°C. El riesgo de heladas primaverales se prolonga a veces hasta la primera semana de mayo, con fuertes inversiones térmicas, excluyendo así la posibilidad de que vegeten frutales en los amplios llanos y vaguadas donde la vid es, junto con los cereales, la única planta cultivada que resiste estas condiciones climáticas. Fracasados todos los intentos por implantar manzanos y perales, los únicos árboles que pueden competir con el viñedo, y sólo en zonas muy abrigadas y marginales, son el olivo y el almendro, cuyas cosechas devienen muy irregulares debido precisamente al frío y a las heladas primaverales. El factor climático se convierte así en un poderoso condicionante a la hora de explicar la preponderancia de la rústica vid.

En los meses de maduración de la uva (julio y agosto), las temperaturas diurnas suelen sobrepasar los 35°C a la sombra, pero por la noches baja a 14 ó 15°C, lo que frena el proceso de maduración y lo hace más lento, obteniéndose como resultados vinos ligeramente ácidos, frescos y afrutados, como son los de *bobal*. Las precipitaciones medias apenas superan los 400 mm. anuales, con largos períodos de sequía como 1994-2007, en que sólo fueron 368 mm; y otros de lluvias copiosas como 2008-2009 en que han sobrepasado los 580 mm. Las nieves suelen visitar la zona cada año y en algunos inviernos, como el de 2009-2010, si se hiel la nieve, pueden llegar a cubrir la tierra durante 15 ó 20 días.

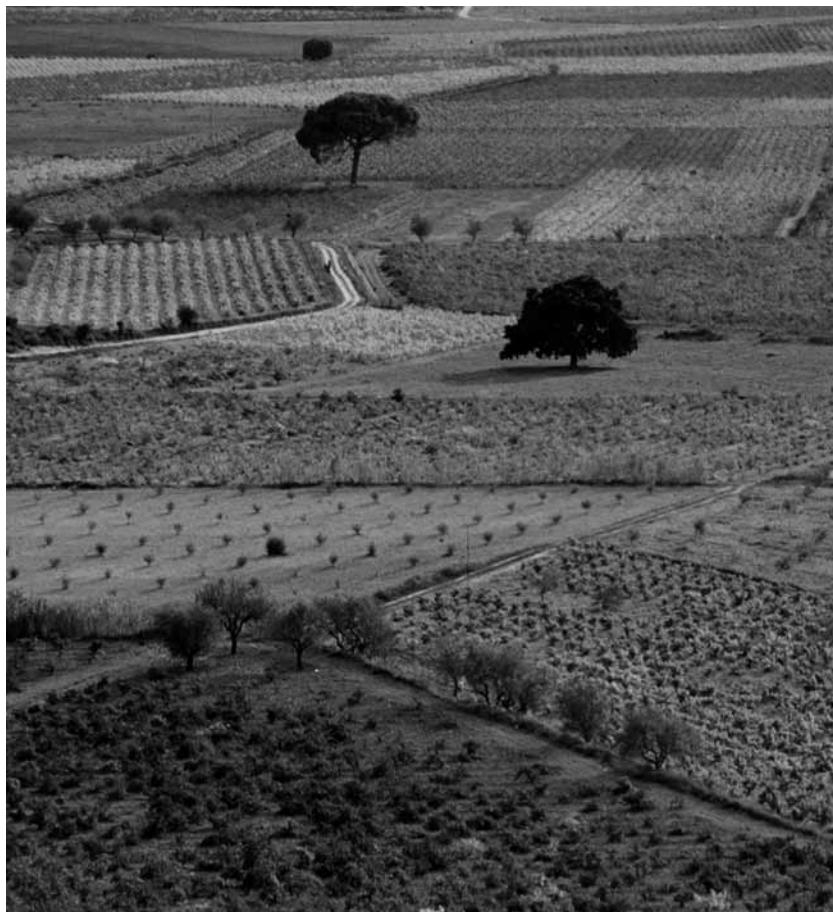


Figura 2. - Viñedo en el otoño. Pinos y carrascas ponen el contrapunto oscuro y evocan paisajes pretéritos de cereales y dehesas.

A excepción de las ciudades de Requena (16.000 hb.) y Utiel (10.500 hb.), el paisaje es netamente rural, con seis pueblos de entre 1.000 y 2.000 habitantes, medio centenar de aldeas de entre 20 y 500, y más de medio millar de casas de campo, estas últimas ya deshabitadas en su mayoría. De cuando en cuando unos pinos donceles o alguna carrasca centenaria rompen la uniformidad del monocultivo vitícola. Y en los límites externos siempre los bosques de pinos, cuyo color verde es el único que no cambia en el transcurso del año agronómico. No sucede lo mismo con la tierra cultivada: en invierno se nos muestra como un inmenso tablero de color marrón salpicado de millones de puntos negros perfectamente alineados que son las cepas podadas. A finales de abril los sarmientos comienzan a brotar y lo que en un principio son como pequeñas pinceladas de verde brillante, se van agrandando durante mayo y junio hasta alcanzar su plenitud en los meses de julio y agosto, al final del

cual las pámpanas son ya de verde oscuro y las uvas maduras ponen el contrapunto de color azul oscuro o amarillo verdoso según las variedades. Tras las vendimias, que suelen empezar en la primera semana de septiembre en las tierras más bajas (Campo Arcís, a 600 msnm.) y terminan ya bien entrado octubre en las más altas (Camporrobles, a 900), los primeros fríos hacen que las pámpanas empiecen a mudar su color y es entonces cuando el pintor y el amante de la fotografía disfrutarán con las vistas del mosaico de tonos de color, sobre todo si mira a contraluz, cuando el sol despliega sus mejores destellos. Las hojas de la variedad *bobal* se tornan rojas brillantes, pardas las de *tempranillo*, verdes las de *macabeo* y amarillas las de *planta fina* o *tardana*. (Figura 2)

Los interrogantes sobre el paisaje vitícola actual

Pero estas bellas estampas paisajísticas y este marco morfológico territorial contienen, como dice Martínez de Pisón (2002: 13), una cobertura cultural y vivencial. Y esa cobertura cultural es la que tratamos de descubrir los geógrafos. A poco que intentemos leer e interpretar el paisaje vitícola nos surgirá una serie de preguntas. La primera será sin duda el por qué de este monocultivo del viñedo y de las condiciones naturales y económicas que lo han provocado. Quizá queramos saber también cómo han llegado a la propiedad de las viñas estos 6.000 viticultores inscritos en la D.O. Utiel-Requena y si las cultivan directamente o no. A la vista de las gigantescas bodegas cooperativas que destacan sobre los núcleos de población, tanto o más que las iglesias parroquiales, nos asaltará la curiosidad por saber cuándo y cómo fueron construidas y si este proceso tiene algo que ver con los centenares de bodegas familiares cerradas y en ruinas que salpican la campiña.

Ante un poblamiento disperso en tantas aldeas y caseríos, podemos preguntarnos si hay relación entre los cientos de casas de campo esparcidas por la campiña y el cultivo de la vid. Muchas de ellas tienen bodegas adosadas, pero estas y otras sin bodega tienen además grandes cuadras, pajares, corrales de ganado y, casi en la puerta de la casa, unos espacios redondos y planos que en su día fueron eras, con algún que otro olmo que sobrevive a la plaga o del que ya sólo queda el negro y podrido esqueleto de su tronco. Ello nos lleva a suponer que antes del viñedo hubo allí cereales y pastos, por lo que el monocultivo vitícola actual es fruto de un cambio en la especialización agraria.

Si atendemos a la vegetación natural, además de los viejos olmos junto a las casas de labor, sin duda nos sorprenderán aún más las gigantes carrascas y algún que otro pino con copas de más de 20 metros de diámetro que salpican y embellecen la gran alfombra de los viñedos. Su tamaño nos hace suponer que su edad es varias veces centenaria y que debían estar aquí mucho antes de que se plantaran los viñedos. En ese caso nos preguntaremos si sólo son residuos de un paisaje antes dominado por estos tipos de árboles. La toponimia no dará algunas pistas: hay muchas partidas vitícolas que llevan el genérico *Carrascal*, *Ardal* (que es un carrascal claro), *Pinada* o *Pinos de*, aunque ahora ya no los haya, lo que indica que antes

formaron grandes masas. También hallaremos muchas partidas con el topónimo *Carbeneras*, señal inequívoca de que donde ahora hay vides antes hubo carrascas y pinos que fueron cortados y su leña reducida a carbón vegetal.

Todo ello nos lleva a concluir que el paisaje actual es resultado de un proceso de sustitución de otro anterior de bosques o dehesas arboladas similares a las todavía abundantes en Andalucía, Extremadura y Salamanca. En la misma meseta de Requena sobreviven algunos ejemplos de este paisaje primigenio, como son el Carrascalejo de Hórtola y la Dehesa de Cañada Tolluda. Pero sabemos que este tipo de explotaciones van ligadas siempre a la gran propiedad absentista. Y aquí lo que tenemos ahora es una mediana y pequeña propiedad trabajada directamente por sus titulares. La cuestión principal es cómo han venido a parar a los actuales viticultores todas estas tierras y si sus anteriores dueños eran grandes propietarios. Si reparamos en el parcelario catastral hallaremos que en una misma partida hay ahora grandes parcelas de hasta 4 y 5 hectáreas, y, justo a su lado, otras veinte o treinta parcelas minúsculas cuya suma equivale a la anterior. ¿qué relación hay entre las dos partes?

En las páginas que siguen intentaremos dar algunas respuestas sin olvidar que la construcción de un paisaje es el resultado de un proceso histórico (lo que quiere decir cambiante) en el que intervienen factores humanos y económicos, coyunturas específicas, adaptaciones y apuestas colectivas por un determinado tipo de producción en un marco natural que, no olvidemos, también impone sus condiciones.

Vistos desde una perspectiva histórica los paisajes agrarios de Requena han variado profundamente desde el siglo XVIII hasta nuestros días. En esta evolución se distinguen al menos cinco etapas: primera, la del sistema ganadero y cerealista heredado de la Edad Media y que perduró hasta mediados del siglo XIX; segunda, la del inicio de la gran expansión del viñedo a partir de 1850 y que coincide con una “Edad de Oro” que duró hasta casi el año 1900; tercera, la de la crisis comercial y llegada de la plaga filoxérica a la comarca (1900-1955); cuarta la de la difusión del cooperativismo, mecanización y emigración rural que abarca desde 1955 a 1985; y quinta la etapa de la “nueva viticultura” que se inicia con la entrada de España en la CEE y llega hasta nuestros días.

EL SISTEMA GANADERO Y CEREALISTA ANTERIOR A 1850

La ganadería lanar y la producción de trigo fueron durante los siglos XV al XVIII las principales actividades agrarias de Requena y su comarca. Desde tiempo inmemorial el principal mercado de la carne y el trigo fue la ciudad de Valencia (a 65 km. de Requena) mientras que la lana era exportada ya en el siglo XV hacia Italia y Francia desde el puerto de esta misma capital. Poseedora de un extensísimo término municipal con más de 70.000 hectáreas de bienes de propios, el Concejo de Requena permitió a sus vecinos la ocupación espontánea de tierras panificables, pero se reservó los derechos de pasturaje de una docena y media de dehesas (unas 6.000 hectáreas en total) que había previamente demarcado precisamente en

las mejores tierras. En el transcurso del siglo XVIII, y debido a la presión demográfica y a la política de los Borbones, las ocupaciones de tierra comunal se multiplicaron y acabaron siendo auténticas usurpaciones, contra las que nada pudieron hacer los Guardas Mayores, ya que los principales infractores no eran otros que los mismos regidores, hidalgos y detentadores del poder municipal, cuyos abusos fueron finalmente legalizados por el rey Carlos III. Por lo que respecta a las dehesas el Ayuntamiento empezó arrendándolas a particulares, mediante subasta anual, para luego ir vendiéndolas poco a poco cada vez que tenía que pagar a la corona alguna contribución especial. Las últimas 2.000 hectáreas que le quedaban fueron enajenadas en 1812 para atender los impuestos con que le cargó el ejército francés ocupante de la plaza (PIQUERAS, 2010).

La puesta en manos privadas de aquellas tierras, sobre todo de las antiguas dehesas, facilitó la expansión de un modelo de explotación cerealista, que ya venía siendo practicado a menor escala desde tiempo inmemorial. Se trata de lo que localmente se denomina “labor”, una unidad de explotación con una superficie cultivable que podía oscilar entre los 50 y las 200 hectáreas, presidida por una casa (con vivienda para el colono, cuadras y pajares) y un corral de ganado (con vivienda para el pastor).

El propietario de la finca o labor podía ser tanto un labrador que la trabajaba por cuenta propia como un gran propietario absentista que la tenía dada en arrendamiento a un colono, localmente denominado “rentero”. El contrato más usado era el arriendo “a la parte”, por el que el colono pagaba, en función de la calidad de la tierra, entre una séptima y una cuarta parte de la cosecha de cereales, retirada de la era el mismo día de la trilla. Los gastos de cultivo, incluidos los animales de labranza, aperos, carros, trillas, etc. corrían totalmente a cargo del colono. Una segunda modalidad de contrato era la llamada “a fruto sano”, en la cual el rentero pagaba una cantidad fija de grano (o el equivalente en dinero) independientemente de cómo hubiera sido la cosecha. Esta segunda modalidad era seguida casi exclusivamente en las labores del cabildo eclesiástico y de los conventos, así como en las de algunos terratenientes con domicilio lejano, como el Conde de Torrellano (Elche) y el Conde de Montenegro (Pontevedra), seguramente porque no se fiaban de sus apoderados en Requena (figura 3).

Estos sistemas de explotación agraria en arrendamiento alcanzaron su apogeo a mediados del siglo XIX, cuando según el Libro de Colonato de 1860, había en Requena más de 200 labores. Para entonces muchos de los mayores propietarios se habían afincado ya en Madrid, como Don Miguel de la Cárcel (16 labores), Don Enrique de Vera y Girón (15) y el Conde de Montenegro (8); otros vivían en Valencia: el Marqués de Plegamans (12 labores) y Manglano Ruiz (6). El citado Conde de Torrellano (6 labores) seguía domiciliado en Elche, pero pronto pasó a Madrid.



Figura 3.- Casa de Cabeza Tudela, gran casa de labor que fue propiedad del Conde de Torrellano. Citada ya en el siglo XVII fue reformada en el XIX y en 1900 se le añadió la bodega que se ve a la parte de la derecha.
(Foto Piqueras).

Aunque todavía en 2010 quedan algunas explotaciones labores (Casa Puchero, Casa de Don Juan, Fuente Melada, Casa de la Sima) que siguen siendo trabajadas en régimen de arrendamiento, la inmensa mayoría se fueron transformando en explotaciones vitivinícolas a partir de 1850 y, en muchos casos, su propiedad acabó siendo adquirida por los propios colonos o por los aldeanos del entorno. Pero esto forma parte ya del paisaje vitícola.

LA EDAD DE ORO DE LA VITICULTURA 1850-1900

El paisaje rural empezó a cambiar de forma rápida a partir de 1850 como consecuencia de un nuevo ciclo económico protagonizado por la expansión del viñedo. El mayor cambio “visual” sería el de la sustitución de la tierra campá ocupada mitad y mitad por cereales y barbechos, por un cultivo arbustivo permanente como es la vid, con sus ciclos estacionales de colorido, bien distintos a los del cereal. Otro cambio perceptible a simple vista sería el de las bodegas, que fueron añadidas a las casas de labor, cuando no empezaron a formar aglomeraciones en las aldeas y, sobre todo, en los barrios próximos a las estaciones de ferrocarril. La población rural se multiplicó por tres en sólo medio siglo y los antiguos caseríos se transformaron en populosas aldeas. La propiedad de la tierra acabaría más repartida como consecuencia de contratos de plantación de viña a medias y el parcelario catastral cambió sus formas.

Las causas de aquella nueva etapa fueron varias. En primer lugar habría que señalar el proceso de desenclave geográfico gracias a las nuevas vías de comunicación. La carretera de Valencia a Madrid (luego llamada N-III) llegó a Requena en 1847 y culminó con la inauguración del puente de Contreras sobre el río Cabriel en 1852. Aquel mismo año se empezaban

las obras en el puerto de Valencia, punto de salida para los vinos requenenses. Tres décadas más tarde, en 1885, se inauguró el ferrocarril Valencia-Utiel, un auténtico tren del vino. Al mismo tiempo la red de caminos experimentó sustanciosas mejoras y se completaron las carreteras de Requena a Albacete y Almansa y la de Utiel a Teruel, dotando a sí a la comarca de una red terrestre suficiente para la extracción de vinos hacia los mercados interiores y, sobre todo, hacia el punto de embarque marítimo.

Pero todo ello no habría sido posible sin una razón de mayor peso económico: la demanda internacional de vino a partir de 1850 como consecuencia de las sucesivas crisis de producción que los grandes países vinícolas europeos, sobre todo Francia, sufrieron a causa de las tres grandes plagas “americanas”. Primero fue la del *oidium*, entre 1850 y 1860, luego la de la filoxera, a partir de 1868, a la que se sumó la de *mildew* en 1878. Gracias a su clima seco y relativamente frío, las viñas de Requena apenas sufrieron los efectos del *oidium* y de *mildew* (salvo en 1885) y la filoxera no llegó hasta 1912. Mientras tanto sus vinos tintos de *bobal* conocieron una larguísima etapa, apenas interrumpida, de fuerte demanda y cotización en el mercado francés por sus buenas propiedades de mezcla, para dar color y aumentar el grado alcohólico de otros vinos.

Aquello provocó una auténtica fiebre de plantaciones, de tal manera que la superficie plantada de viñedo en la comarca aumentó de poco más de 5.000 hectáreas en 1850 a más de 25.000 en 1910 y estuvo acompañada de grandes cambios en la estructura de la propiedad y de un desvío de capitales desde otros sectores como la industria (el textil de seda atravesaba entonces una crisis profunda) hacia la viticultura. También afluyeron capitales foráneos procedentes de la burguesía valenciana y de los comerciantes franceses, a los que luego se sumaron, suizos y alemanes.

Hacia un nuevo paisaje urbano y rural

Desde el punto de vista del paisaje los efectos fueron múltiples y afectaron tanto al medio rural como al medio urbano. En Requena cerraron casi todas las fábricas y telares particulares de seda y sus operarios emigraron a las aldeas para plantar viñas a medias o trabajar como jornaleros. Entre 1857 y 1887 la población de la ciudad cayó de 7.500 a 6.300 habitantes, mientras que la de sus aldeas y caseríos aumentaba de 4.800 a 7.100, gracias tanto a esta migración local como a la llegada de familias procedentes de otras provincias como Cuenca y Albacete. Las aldeas, antes formadas por casas dispersas, empezaron a diseñar calles y a ordenar solares para el futuro crecimiento, adoptando así cierto carácter “urbano”. A las casas de los labradores propietarios, generalmente grandes y con corrales y cuadras, se añadieron pequeñas casas de jornaleros, la mayoría sin más habitaciones que la cocina y uno o dos dormitorios, y con menos de 50 m² de planta.

Las bodegas familiares, compuestas generalmente por uno o dos trullos y otros tantos depósitos de mampostería, empezaron a formar parte de este entramado urbano (figura 4), a menos que las viñas estuvieran muy lejos, en cuyo caso las bodegas fueron levantadas justo en dichas viñas, añadiéndoles una “casilla” dotada de un pesebre, una chimenea y un camastro donde dormía el dueño durante la semana o dos que duraba la vendimia y la extracción del mosto.



Figura 4.- Bodega familiar de mediano propietario añadida a una vivienda en la segunda mitad del siglo XIX en la aldea de Los Duques (Foto Piqueras).

Por su parte los grandes propietarios dueños de casas de labor, añadieron a éstas unas bodegas de tamaño adecuado a la superficie de viñedos, o bien derribaron las viejas casas para construir en su lugar espectaculares bodegas a imitación de las que había en Cataluña y en Francia, como hicieron el Conde de Torrellano en la Casa de la Cabeza, el Conde de Noroña en Casas Nuevas, los Lamo de Espinosa en Cañada Honda, los Córdova en San Juan, los Pereira en Roma y los Oria de Rueda en El Derramador y en la Casa Nueva de Oria (figura 5). En todos estos casos se trata de grandes complejos formados por la bodega, la casa del dueño (algunas son auténticos palacetes modernistas), la casa del encargado (pomposamente llamado mayordomo), la casa del mulero y la correspondiente cuadra para seis u ocho caballerías, y las casas de los jornaleros fijos. En cualquier caso estos edificios se han convertido en símbolos identificativos del paisaje vitícola requenense y en auténticos reclamos publicitarios en el sentido que les dan autores como Joan Nogué y Jordi de San Eugenio (2009: 45).

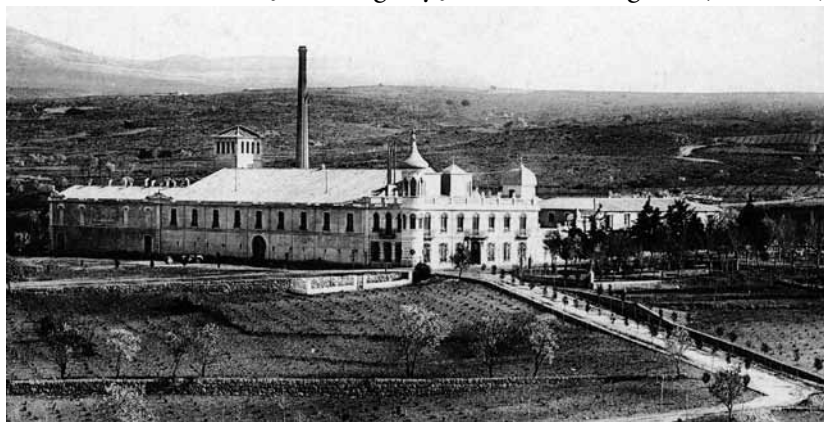


Figura B.5.- Casa Nueva de José Oria de Rueda en 1920. Construida a finales del XIX esta espléndida casa bodega de estilo modernista fue durante decenios el símbolo de la opulencia vitícola de Requena. La chimenea (que ya no existe) servía a la caldera de la destilería de alcohol que tuvieron que añadir en los años de mala venta, en torno a 1905.

El paisaje catastral: fragmentación de la propiedad por plantación a medias

Otro de los grandes efectos de la expansión vitícola es la construcción de un parcelario catastral muy particular, en el que conviven las grandes parcelas de hasta 8 y 10 hectáreas, con otras adosadas a ellas que apenas tienen cada una 0'2 o 0'5, pero que sumadas todas dan la misma superficie que la grande (figura 6). Esto es resultado directo de los contratos de plantación de viña a medias que empezaron a practicarse de manera masiva en los primeros años de expansión (1850-1880) y que luego siguieron siendo habituales hasta prácticamente 1950.

La plantación de viña a medias o *complantatio* es un acuerdo o contrato por el cual el propietario de una parcela de tierra cede la mitad de la misma al viticultor que la plante de viña. Su difusión en la Edad Media debió ser notable por toda Europa Occidental, con ejemplos bien conocidos tanto en Italia y Francia como en España), donde fue muy practicado por monasterios y señores feudales en Aragón, Navarra, Castilla la Vieja y Toledo. Pero fue ya en la segunda mitad del siglo XIX, y ante la fuerte demanda de vino para la exportación, cuando muchos grandes propietarios empezaron a otorgar contratos de este tipo en lugares tan dispares como La Litera (Huesca), La Tierra de Barros (Badajoz), Las Lomas de Úbeda y Baeza (Jaén) y La Meseta de Requena (Valencia). Joaquín Costa, en 1902, ya vio en ello una manera muy justa de reparto de la propiedad de la tierra, frente a los contratos a *rabassa morta* de Cataluña o los *foros* de Galicia, que por aquella época estaban ocasionando graves problemas sociales (PIQUERAS, 2007).



Figura 6.- Efectos de una plantación a medias del siglo XIX sobre el parcelario actual. A: parte del propietario; B: parcelas de los aparceros plantadores. (Foto Piqueras).

En los contratos practicados en Requena el propietario de un terreno, hasta entonces dedicado a cereales o pastos, lo cedía a uno o varios plantadores (aquí llamados aparceros), quienes debían “sacar de fondo” (cavar con picos y azadas la parcela hasta una profundidad de 40 cm) y efectuar la plantación con el tipo de pie o injerto que el dueño estipulara, corriendo a su cargo la totalidad o bien una parte del importe de las plantas.

Durante los cinco o seis primeros años, hasta que la viña viniera a dar una cosecha normal, el aparcero corría con los gastos de cultivo y recibía a cambio todos los beneficios que pudiera haber de las cosechas, que en el cuarto año ya solían ser de consideración. En los tres primeros años era costumbre sembrar entre cada hila de cepas varios surcos de azafranar, patatas e incluso trigo o cebada, con lo que el aparcero obtenía un beneficio adicional. En el quinto año, cuando ya estaba criada, se dividía la viña en dos partes iguales y el propietario elegía una de ellas, mientras que la otra era repartida entre los aparceros, que recibían cada uno la mitad de las cepas que había plantado.

La razón del éxito de la plantación a medias en Requena se debe a la especial coyuntura de mediados de siglo XIX. La enajenación de los bienes comunales había puesto en manos privadas grandes extensiones de tierra por un precio muy barato (a veces gratis debido a que se trataba de auténticas usurpaciones). Sus propietarios vieron en este tipo de contrato una buena ocasión de hacer grandes plantaciones de viña sin pagar en metálico, pues tenían tanta tierra inculta que les resultaba más barato repartirla. Así se aseguraban además una cierta filiación de los campesinos aparceros, que a partir de entonces podrían servirles también como jornaleros en las viñas.

Casi al mismo tiempo que se multiplicaban las plantaciones se produjo el primer ensayo de mecanización del laboreo de las viñas mediante la introducción del arado viñero u horcate tirado por una caballería, lo que implicaba un cambio en los marcos de plantación. Con anterioridad a 1850 las viñas eran trabajadas con azadas y las vides no estaban ordenadas en “hilas”, siendo el número de cepas por hectárea de entre 3.000 y 3.300. Con el arado las viñas tenían que ser plantadas el hilas rectas, bien fuera a “marco real” que permitía labrar en dos sentidos, bien “al tres bolillo” si se quería hacerlo en tres. La separación entre vides pasó a ser de entre 2 y 2’4 metros, por lo que su cabida por hectárea bajó a un máximo de 2.500 y un mínimo de 1.600 cepas, dependiendo siempre de la calidad de la tierra. Al mismo tiempo y dado que el mercado demandaba vinos de mucho color, como los de la variedad *bobal*, las nuevas plantaciones dejaron de lado cualquier tipo de diversificación como venía siendo corriente. Así lo que el cura José A. Díaz Martínez definía en 1860 como auténticos “oasis de viñedos” en medio de los campos de cereal y la dehesas, dio paso a un paisaje de grandes plantaciones abiertas, ordenadas geométricamente y uniformes en su variedad y, por lo tanto, en su color otoñal.

ESTANCAMIENTO, FILOXERA Y CAMBIOS DE PROPIEDAD: 1900-1955

La buena racha económica basada en la exportación a Francia empezó a mostrar síntomas de agotamiento a partir de 1892, cuando las viñas que los franceses habían plantado

en Argelia empezaron a dar fruto y los vinos españoles pasaron a un segundo plano. Los mismos viticultores franceses, repuestos ya sus viñedos de la plaga filoxérica, vieron como a comienzos de siglo (1900-1907) la cotización de sus vinos caía estrepitosamente, provocando una profunda crisis que culminó con una gran revuelta social en 1907, en las que miles de viticultores del Midi se manifestaron en Narbonne contra la importación de vinos tanto de Argelia como de España (DELOBETTE, 2006: 71).

Los grandes excedentes de vino propiciaron la aparición de fábricas de alcohol para destilar los excedentes y reconducirlos hacia las fábricas de licores, por entonces muy numerosas tanto en Utiel y Requena, como en los alrededores de la ciudad de Valencia. Así surgió lo que podríamos llamar el “paisaje de las chimeneas” que acompañan a este tipo de fábricas, cuyo número llegó a ser de 17 en toda la comarca, de ellas 7 en la ciudad de Requena, 3 en San Antonio, una en Campo Arcís y otra en los Isidros. Algunas grandes bodegas particulares, como la de José Oria en la Casa Nueva, también se vieron adicionadas con una fábrica de alcohol.

El descenso de las exportaciones a Francia causó una fuerte depreciación del vino local, al tiempo que muchas casas de exportación francesas cerraban sus delegaciones y vendían las bodegas que tenían tanto en Requena y Utiel, como en el Grao de Valencia. Algunas de ellas fueron adquiridas por comerciantes de vino de Suiza y Alemania (Schenk, Egli, Steiner, Teschendorf, etc.), lo que sirvió para reconducir la exportación hacia estos países, de tal suerte que en 1912 las exportaciones y los precios se habían recuperado notablemente. Pero aquel mismo año, en que por las estaciones de Utiel y Requena se había expedido casi un millón de hectolitros, se dejaron sentir los primeros ataques de la plaga filoxérica en la comarca.

La difusión de la plaga y la reposición de los viñedos con planta americana ilustran el período comprendido entre 1912 y 1954, año en que Pascual Carrión, por entonces al frente de la Estación Enológica de Requena, daba por concluida la reconstitución de los viñedos filoxerados y estimaba la superficie municipal de los mismos en unas 15.000 hectáreas, prácticamente igual a la que había a comienzos del siglo XX (CARRIÓN, 1954). Se puede decir que la reposición del viñedo fue total, y a ello ayudó mucho sin duda la citada Estación Enológica, que precisamente fue inaugurada en 1911, aunque el edificio actual data de 1936 y sigue siendo actualmente, junto con la Escuela de Capataces Bodegueros, fundada en 1961, uno de los elementos más representativos del paisaje vinícola urbano (figura 7).

Pero la crisis filoxérica también pasó factura a muchos descendientes de los grandes propietarios del siglo anterior, que se habían ido desligando de sus explotaciones a medida que prosperaban en Valencia o Madrid como abogados o médicos, las dos carreras típicas de los hijos de los hacendados por aquellos tiempos. Muchos no se vieron con ganas de gastar de nuevo grandes sumas de dinero en replantar sus viñedos ni de sostener las bodegas que habían construido sus padres o abuelos. Por eso algunos optaron de nuevo por otorgar contratos de plantación a medias y otros prefirieron poner a la venta sus fincas, fragmentándolas

en lotes, ocasión que aprovecharon muchos medianos propietarios y “renteros” (los únicos que tenían dinero) para comprarlas. De esta manera, entre 1920 y 1936, fueron muchísimas las tierras que cambiaron de dueño, consolidándose un poco más la propiedad local frente a la foránea. En consecuencia, este incremento de la propiedad vitícola local propició la construcción de más y mayores bodegas familiares. Así, por ejemplo, en Campo Arcís había en 1922 un total de 46, mientras que en 1958, año en que se fundó la bodega cooperativa, habían ascendido a 92.

La replantación sirvió también para reafirmar el monocultivo de la variedad *bobal*, que se había revelado como la más idónea para el mercado de vinos a granel, y también como la más resistente a las plagas americanas, no ya a la filoxera, sino al *oidium* y al *mildew*.



Figura 7.- Estación de Viticultura y Enología de Requena. Fundada en 1911. El edificio actual data de 1936. (Foto Piqueras).

COOPERATIVISMO, MECANIZACIÓN Y EMIGRACIÓN RURAL: 1955-1985

Los años de la postguerra (1940-1955) estuvieron marcados por la escasa demanda de vino en los mercados europeos, por lo que el destino habitual de las vendimias estuvo de nuevo en la fábricas de alcohol, aunque eso sí, a unos precios que permitieron a los viticultores vivir de sus explotaciones y a los grandes propietarios seguir pagando jornales bajos. Durante quince años cada jornal le costó al propietario el equivalente a lo obtenido por la venta de una arroba de vino. Esto hizo que no sólo los grandes cosecheros de más de 5.000 arrobas, sino también muchos medianos (entre 1.000 y 2.000 arrobas) pudieran permitirse el lujo de tener “mozos”, esto es, jornaleros fijos durante todo el año. Pero las cosas empezaron a

cambiar a partir de 1955 por una conjunción de factores: la emigración rural de jornaleros, la mecanización del campo, la difusión del cooperativismo y la recuperación de los mercados. Aunque ya venía produciéndose un goteo desde hacía algunos años, la primera emigración masiva tuvo lugar a raíz de tres años de fuertes sequías (1953-1955) que dejó sin trabajo a muchos jornaleros, que marcharon a Madrid, Barcelona y Valencia en busca del sustento.

En los años que siguieron (1955-1963) los pequeños cosecheros, para escapar de la dependencia abusiva de los bodegueros comisionistas y poder tener bodega propia, se unieron en cooperativas y fundaron más de treinta bodegas, que se añadía a las tres ya existentes en las ciudades de Requena y Utiel. Poco a poco se fueron sumando al cooperativismo los medianos e incluso muchos grandes cosecheros, de tal manera que en 1975 ya no quedaban abiertas más que una decena de bodegas particulares frente a 36 bodegas cooperativas. Al mismo tiempo tenía lugar otra transformación: la sustitución de los animales de trabajo (mulos y mulas) por motocultores y pequeños tractores viñeros, que años más tarde sería sustituidos por otros de mayor potencia. Todo ello trajo consigo un gran ahorro en mano de obra y, por lo tanto, una fuerte caída de la demanda de jornaleros, con lo cual se aceleró la emigración hasta el punto de cientos de caseríos y antiguas casas de labor quedaron despobladas, y el total de población rural quedó reducida a la mitad entre 1950 y 1975.

La recuperación de la demanda de vino tanto en el mercado interior, como en el exterior (canalizada por el puerto de Valencia) y las mejoras en las condiciones de venta gracias a las operaciones a gran escala que podían hacer las bodegas cooperativas, incrementaron las rentas de los cosecheros, quienes aprovecharon la coyuntura para llevar acabo grandes reformas que afectarían tanto al paisaje agrario como al urbano. La bodega cooperativa dejaba sin función a multitud de pequeñas bodegas familiares y obligaba a cerrar también a los bodegueros comisionistas e incluso a muchas fábricas de alcohol, sobre todo después que en 1965 las propias cooperativas fundaran dos grandes alcoholeras comarcales (Coviñas en Requena y La Nueva Alcoholera en Utiel). Por término medio una bodega cooperativa que sumara ocho millones de kilos de uva suponía en cierre de entre 90 y 100 bodegas familiares (figura 8).

Por su parte, el proceso de mecanización eliminó los animales de labor, y con ellos las cuadras y pajares, que pasaron pronto a ser reconvertidos en almacenes o en nuevas habitaciones de las casas. Y lo mismo ocurrió con las viejas bodegas familiares, muchas de las cuales estaban integradas dentro de las viviendas. Con ello cambió profundamente la fisonomía de las calles de las aldeas, antes salpicadas de puertas de trullos, ahora transformadas en nuevas viviendas o garajes.

También cambió el paisaje agrario: la supresión de los animales de labor repercutió en una nueva expansión del viñedo hasta alcanzar el monocultivo. Antes, cada agricultor reservaba una porción de tierra campa, que sembraba regularmente de cebada para tener pienso que dar a sus animales, sin olvidar que además de los de labranza, hasta 1970-1980 era

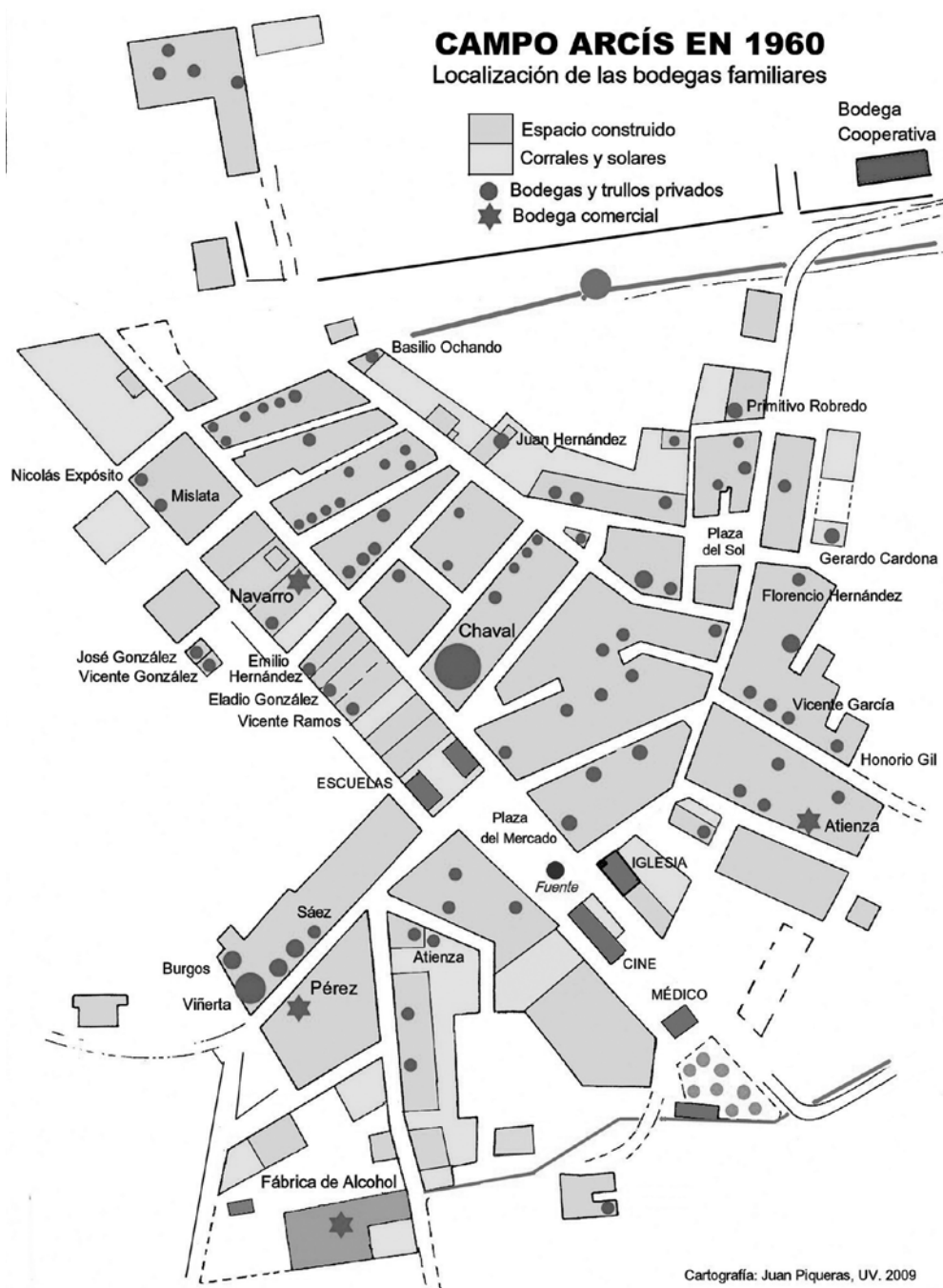


Figura 8.- Plano de Campo Arcís en 1960, con las bodegas familiares existentes en esa fecha que fueron cerradas tras la construcción de la bodega cooperativa y la asociación a la misma de todos los cosecheros locales.

todavía corriente que cada familia criase también un cerdo, gallinas, conejos y alguna que otra cabra para tener leche. Esto hacía que el paisaje no fuera exclusivamente vitícola, sino que por todas partes había parcelas sembradas de cereales, o en barbecho. Perdida su función, estas parcelas fueron enseguida plantadas de viña, alcanzándose así en muchas partidas el 100 % de viñedo sobre el total cultivado. El policultivo dejó así paso al monocultivo (figura 9).



Figura 9.- Vista general del Llano del Campo Arcís a finales del mes de abril, cuando las vides comienzan a mover. Elementos representativos del paisaje son el monocultivo vitícola, un caserío en primer término, la aldea de Campo Arcís con la fábrica de alcohol a la izquierda y la bodega cooperativa a la derecha, y, cerrando el horizonte, los montes cubiertos de pinos.

La emigración de jornaleros y los Planes de Estabilización provocaron a partir finales de los años cincuenta una fuerte disparidad entre los precios del vino percibidos por los cosecheros y los costes salariales, hasta tal punto que en 1970 la relación de un jornal por una arroba se había transformado en tres jornales por una arroba. Es decir, que los costes salariales se habían triplicado y aún habrían de incrementarse en los años siguientes hasta alcanzar el cinco por uno en 1980. Esta circunstancia hizo que muchos grandes e incluso medianos propietarios foráneos, que explotaban sus viñas por medio de encargados y jornaleros, pusieran en venta sus tierras y casas de campo, oportunidad que aprovecharon los vecinos para comprar y aumentar así el tamaño de sus explotaciones. Volvía a repetirse así una situación parecida a la de los años 1920-1936. El trasvase de propiedad de manos de la gran propiedad foránea a la mediana y pequeña propiedad local alcanzaba así cotas muy altas. Sirva de ejemplo el caso de Campo Arcís, una de las aldeas pioneras en la expansión del viñedo a mediados del XIX y en la que muchos vecinos empezaron ya a tener viñas propias gracias a los contratos de plantación a medias. Como se muestra en la figura adjunta, en la que se comparan la ocupación y la propiedad de la tierra en 1850 y en 2009, en el momento inicial, cuando las viñas apenas representaban el 5 % de la superficie cultivada, los vecinos apenas poseían el 22 % de la tierra, mientras que en 2009, cuando el viñedo ocupa más del 80 %, la propiedad

local representa ya las tres cuartas partes. Estimamos que de las 1.965 hectáreas de viñedos censadas en la Cooperativa de Campo Arcís, unas 320 corresponden a antiguas plantaciones a medias, y las demás son resultado de compras y herencias (PIQUERAS: 2009, 40).

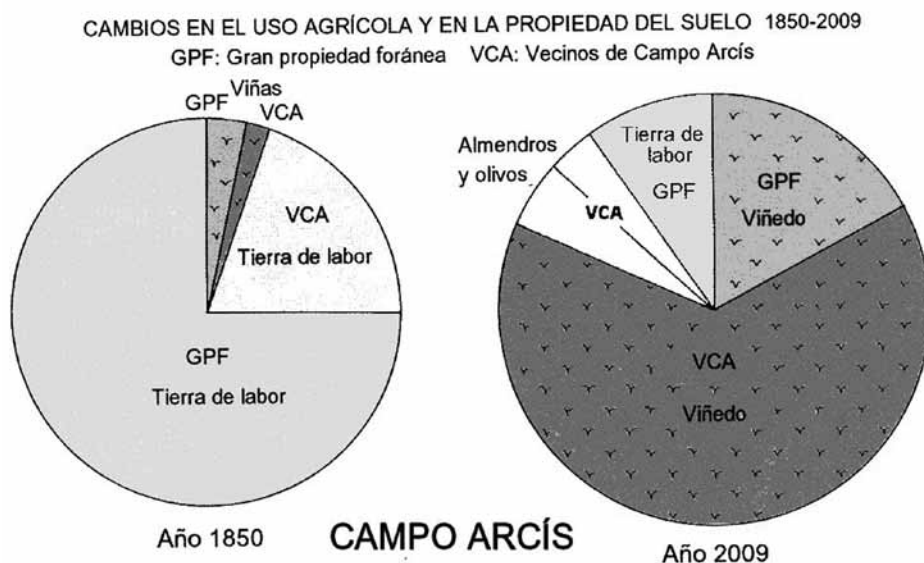


Figura 10.-

LA NUEVA VITICULTURA Y EL PAISAJE: 1986-2010

La última etapa en el proceso evolutivo del paisaje evolutivo de Requena comienza en 1986, primer año de la integración de España en la Comunidad Económica Europea hasta nuestros días. Como factores del cambio hay que señalar tanto las medidas de tipo administrativo y de política agraria, emanadas ahora de la autoridad común europea, como la coyuntura económica a escala internacional, cuyos altibajos han afectado profundamente a los mercados del vino.

La firma del Tratado de Adhesión de España a la CEE a finales de 1985 y, pocos años más tarde, la creación de la Unión Europea en 1993, junto con las medidas liberalizadoras del comercio internacional adoptadas aquel mismo año por el GATT, supondrían para la viticultura española una proyección internacional como no había conocido antes. Las exportaciones de vino de España se multiplicaron por cuatro, al pasar en sólo 20 años de 4 a 16 millones de hectolitros y, lo que es más importante, buena parte de las mismas fueron y son de vinos embotellados con denominación de origen, sinónimo de calidad y valor añadido frente a las tradicionales ventas de vinos anónimos a granel. En el caso de los vinos con DO Utiel-Requena, que desde mediados del siglo XIX venían siendo comercializados exclusivamente a granel y para ser mezclados con vinos de otras regiones, la expansión de los vinos em-

botellados con marcas propias fue fulgurante en los años noventa, pasando de sólo 250.000 botellas en 1991 a 20 millones en 1999, correspondiendo al mercado exterior en torno al 70 % de las mismas (PIQUERAS: 2000, 264).

Esta fulgurante expansión, motivada por la demanda de otros países miembros de la UE, como Dinamarca, Holanda, Suecia, Alemania y la misma Francia, representó para la viticultura requenense una auténtica aunque breve “Nueva Edad de Oro” y ha tenido notables repercusiones sobre el paisaje vitícola. Los precios de la uva en origen, que habían estado estancados en torno a las 40 ptas/kg durante toda la década anterior fueron de entre 75 y 85 durante unos seis años consecutivos (1994-1999). Aquellas ganancias generaron un ambiente de euforia entre los viticultores, que invirtieron parte de las mismas en la modernización de sus bodegas y en la reestructuración de sus viñedos.

Las bodegas, sobre todos las cooperativas, fueron dotadas de nuevas tecnologías de elaboración e introdujeron un nuevo elemento muy destacable sobre el pasaje visual: los grandes depósitos de acero inoxidable que ahora destacan sobre la campiña por su tamaño y los reflejos que sobre el metal dan los rayos del sol. Las buenas expectativas (y también un cierto espejismo sobre el “brillante” futuro de viñedo) atrajo a Requena, como a tantas otras zonas vinícolas de España, a muchos inversores. Algunos de ellos responden a compañías de larga tradición en la comercialización y exportación de vinos, como Bodegas Gandía (capital familiar valenciano) y Bodegas Murviedro (del grupo suizo Schenk), ambas con un siglo de presencia en la región. Pero lo más novedoso han sido las inversiones en viñedos y bodegas por parte de empresarios de la construcción, industria química y de curtidos, comercio de tejidos, recreativos, hostelería, alimentación e incluso sociedades de capital-riesgo. El resultado ha sido un gran traspaso de la propiedad de la tierra, generalmente adquirida a antiguos terratenientes que, con más visión de futuro, aprovecharon la buena coyuntura para vender a precios de lujo. Cada nueva explotación ha sido dotada de nuevas bodegas, dotadas de los mayores adelantos y casi siempre apostando por vinos de calidad a precios altos.

Cosa bien distinta son las bodegas autóctonas surgidas desde el propio sector vitivinícola local, que señalan un camino más adecuado para adaptar la tradicional producción de uva o de vinos a granel a la de vinos embotellados con marca propia. Se trata de empresas de tipo familiar, como por ejemplo son la Carlos Cárcel (El Rebollar), Cvcrc (Utiel), Torroja (Derramador), Fuso (El Pontón); o de sociedades limitadas (tres o cuatro socios) como las de Dominio de la Vega (San Antonio), Pago de Tharsys (Fuencaliente) o Bodegas Torres Luna (Campo Arcís). Este modelo supone la superación del tradicional modelo de productor de uva para la cooperativa, por el de productor de vino con marca y comercialización propias. Entre estos y los grandes empresarios el censo de bodegas particulares, que había quedado reducido a media docena en los años 1960, cuando la eclosión del cooperativismo, había vuelto a crecer a finales de 2009 a 26 bodegas, todas con marcas propias.

Por lo que respecta al paisaje vitícola, los viñedos reestructurados ya no siguen el tradicional marco real de plantación, sino el de espaldera apoyada sobre postes y cables metálicos,

acompañado casi siempre por las gomas del riego por goteo. Casi un tercio del viñedo actual tiene ya estas componentes (figura 11). La adopción de otras variedades distintas a la tradicional bobal, tales como tempranillo, macabeo, cabernet, merlot, etc. han añadido nuevos colores al paisaje otoñal, que ahora se nos presenta como una paleta de colores rojos, pardos, verdes y amarillos, frente al monótono pero espectacular, rojo de las pámpanas de la bobal. La puesta en regadío por goteo de casi 15.000 hectáreas ha introducido nuevas edificaciones en el paisaje: casillas de pozos, casetas de distribución y algún que otro depósito circular, bien visible por estar siempre sobre altozanos.



Figura 11.- Plantación joven de viña en espaldera en la Casa Nueva de Oria, ahora propiedad de Mas de Bazán (firma gallega) y una sociedad anónima valenciana. (Foto Piqueras).

En estas innovaciones han influido tanto la coyuntura comercial antes enunciada como las medidas administrativas y la economía salarial. Las ayudas oficiales a la reestructuración priman la plantación en espaldera y la introducción de las variedades recomendadas por el Consejo Regulador de la D.O. Utiel-Requena. Por su parte, el incremento de los costes salariales y la necesidad cada vez mayor de tener que recurrir a mano de obra foránea ante la falta de efectivos entre las mismas familias de los medianos cosecheros (emigración de jóvenes, descenso de la natalidad), anima a preparar los viñedos para la vendimia mecánica, lo que implica necesariamente la disposición de las vides en espaldera. Es por eso que no sólo los nuevos viñedos, sino también los viejos plantados a marco real están siendo adaptados a la misma mediante labores de poda muy complejas.

Pero la coyuntura actual no invita al optimismo. La caída del consumo de sumo y la competencia de los países emergentes (Chile, Australia, California, Sudáfrica) vienen arrasando desde el año 2002 un descenso de los precios del vino hasta el punto que en los cinco últimas campañas se han estado registrando mínimos históricos (figura 12).

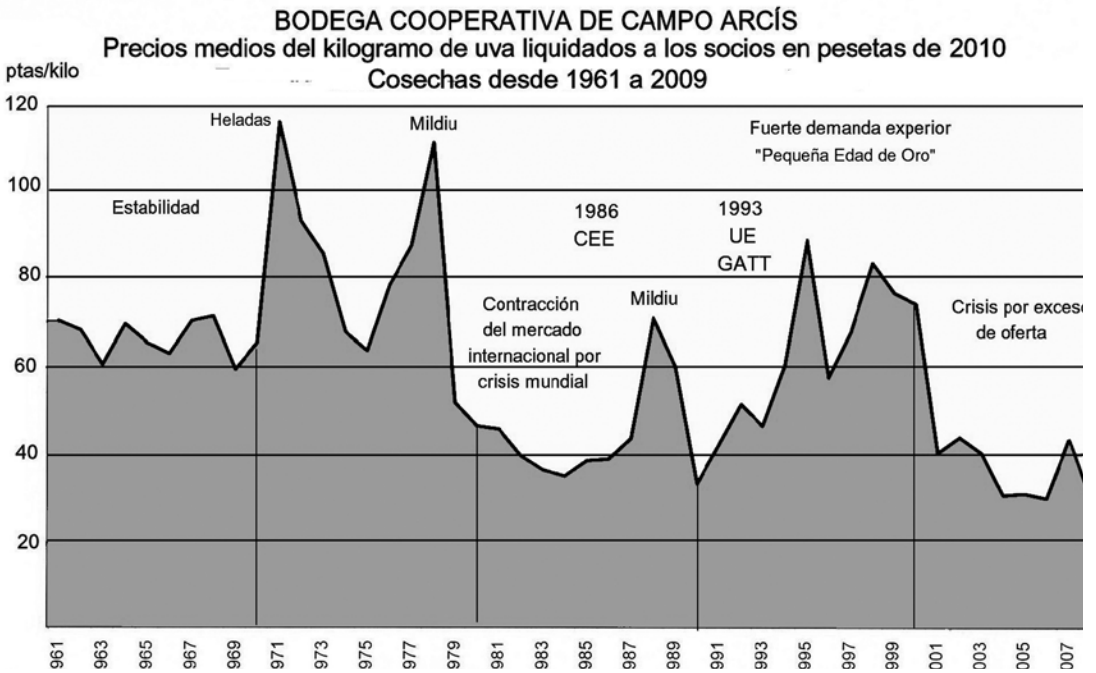


Figura 12.

La situación se ha vuelto insostenible para muchos medianos cosecheros que en su día apostaron por la actividad agraria a título principal (es decir, sin otro tipo de ingresos) y que ahora se encuentra con unos ingresos brutos anuales de 25.000 euros o menos, cuando sólo los costes de maquinaria, tratamientos, gasóleo y vendimia se llevan más de la mitad, quedándose dichos titulares con ingresos netos inferiores a 1.000 euros al mes. Téngase en cuenta que para obtener estos 25.000 euros brutos hay que producir en torno a 100.000 kilogramos de uva, para lo que hacen falta 20 hectáreas de viñedos y un parque de tractores y aperos cuyo coste no baja por término medio de los 20.000 euros y que hay que reponerlos cada cinco o seis años.

Es por eso que los jóvenes huyen del campo y se ocupan en otros oficios, mientras que las viñas son trabajadas casi exclusivamente mayores de 45 años (en realidad más de la mitad tienen más de 65, aunque la titularidad haya pasado los hijos). Los que pueden se acogen a las primas del arranque definitivo. Y es así como en 2009 han sido sacrificadas en la comarca más de 2.000 hectáreas (en torno al 5 % del total). En algunas partidas el paisaje está volviendo a cambiar y presenta ya un aspecto desolador de tierra campa que, a poco tardar, será invadida por el matorral y los pinos, como ya ha ocurrido en las zonas marginales donde se arrancaron los viñedos en décadas pasadas.

BIBLIOGRAFÍA

- ANTROP, M. (2009): Le paysage: objet d'étude du Géographie ou de tout-le-monde, *Bulletin de la Société géographique de Liège*, 52, 33-35.
- CARRIÓN, P. (1954): *La replantación de los viñedos filoxerados*, Requena, 26 págs.
- DÍAZ DE MARTÍNEZ, J.A. (1860): *Memoria sobre la visita de las ermitas enclavadas en el término de la Ciudad de Requena*, Manuscrito, Archivo Diocesano de Cuenca.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (2001): Reflexiones sobre el paisaje, en Nicolás Ortega (ed.): *Estudios sobre la historia del paisaje español*, Catarata, Historia y Paisaje, Serie Estudios, Madrid, pp.13-24.
- NOGUÉ, J. Y SAN EUGENIO, J. (2009): Pensamiento geográfico versus teoría de la comunicación. Hacia un modelo de análisis comunicativo del paisaje, en *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 55, 27-55.
- ORTEGA, N., ed. (2002), *Estudios sobre historia del paisaje español*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- PIQUERAS, J. (2007): La plantación de viña a medias en España, *Ería. Revista cuatrimestral de Geografía*, 72, 5-22.
- PIQUERAS, J. (2009): *Campo Arcís. Cooperativismo y viticultura. Del proceso de colonización agraria a la especialización vitícola, 1752-2009*, Cooperativa San Isidro Labrador de Campo Arcís, 198 págs.
- PIQUERAS, J. (2010): Colonización rural y expolio del patrimonio municipal de Requena durante el siglo XVIII, *Oleana. Cuadernos de Cultura Comarcal*, 24, 9-62. Centro de Estudios Requenenses. Ayuntamiento de Requena.
- RÖSSLER, M. (2005): Los paisajes culturales y la convención del patrimonio mundial cultural y natural.
- SABIO, A. E IRIARTE, I. (2003): Historia del paisaje e historia ambiental, en Alberto Sabio e Iñaki Iriarte (eds.): *La construcción histórica del paisaje agrario en España y Cuba*, Catarata, Historia y Paisaje, Serie Estudios, Madrid, pp.9-24